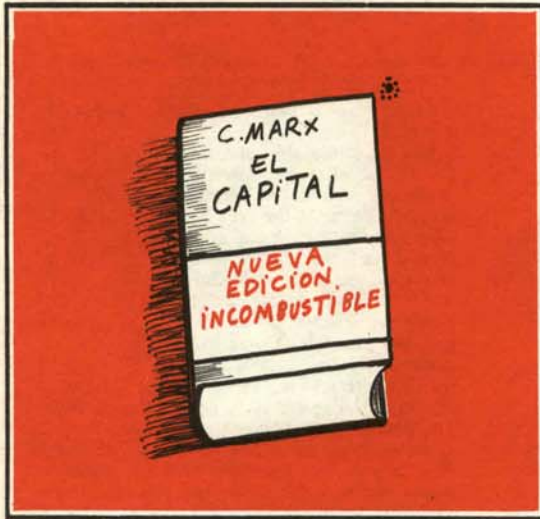


ESPLENDOR EN LA HIERBA DE OPIO

Al dicho marxista «La religión es el opio de los pueblos» se une ahora la creencia de que los jardines son el opio de los niños. El caso es que todos están encantados con su diario jardinear. Y es natural. Cuando sus madres hacen burguesas presunciones por haber fumado un petardo y sus hermanos mayores se pasan la pipa de hasch dejando caer la ingenua pedantería del «Yo no siento nada», los apenas destetados infantes ya conocen el placer del opio. Desde sus cunitas, compartiendo el estupefaciente con las niñas y los viejos del rayo de sol, viajan los niños en el jet de la papaverina. No está mal como reclamo. En

tánicos obren el milagro, démosles un margen de confianza y permitamos que llenen las zonas verdes de opiáceas. Así, los niños aprenderán a querer las flores y se irán entregando al hábito del jardín. Cuando sean mayores se levantarán en armas contra las viejas y polucionadas moles de cemento y lo llenarán todo de verde esplendor. Un niño que aprende a soñar, a evadirse, a escapar de este cochino mundo desde un jardín es un antídoto contra la violencia del futuro. Si yo fuera la autoridad, además del opio, dejaría crecer en los parques de las ciudades plantas de coca y de marihuana. Incluso, algunas flo-



tiempos ecológicos, la oxigenación de la planta es deber social inexcusable. Cualquier promoción de zonas verdes debe ser acogida con alborozo. Por eso, no entiendo cómo ciertos sectores de la prensa han arremetido contra tan magnífica campaña. ¿En qué quedamos? ¿Polución o jardines? Parece clara la respuesta: la planta antes que el hormigón, el tubo de escape y las calefacciones de fuel-oil. Entonces, dejemos que la naturaleza y los bo-

res las dejaría crecer ya liadas en forma de cigarrillo o en el romántico rumor de una pipa de agua. Así, los niños irían habituándose de manera definitiva y en el futuro podrían construir un mundo vergeliano. Porque, pese a todo, hasta ahora la labor no puede considerarse definitiva. Según las autoridades, harían falta millones de plantas para pegarse un viaje. Y los niños no tienen medios para tanta flor.

TOLA

SUCESOS Y NOTICIAS DE ULTIMA HORA

Practica la huelga del hambre para protestar del hambre que tiene desde hace varios meses.

Mata de amor a su prometido en legítima defensa.

Se come un kilogramo de arena al conocer que el Sahara había dejado de ser materia reservada.

Desciende notoriamente el desempleo entre los operarios encargados de contar desempleados.

Dos ultras se apropian de las obras completas de Lenin por el timo de la estampita.

A seis mil millones ascienden nuestras reservas de rumores.

Un pastor ha contemplado cómo descendían de un Ovni seis masones y se adentraban en la espesura en dirección a Barcelona.

Se les aparece un exhibicionista a un grupo de viudas, pero pudo huir sin ser alcanzado.

Se suspende de pagos por el nudo de la corbata.

«Las familias numerosas podrán formar grupos políticos o deportivos dentro del recinto de su domicilio».

Se le aparece la inflación y se convierte repentinamente al socialismo.

Unos desreprensivos le arrebatan su fe en occidente dándole a cambio recortes de prensa metidos en un sobre cerrado.

«La Cía sólo intervino en Chile con fines culturales», ha declarado el señor Kissinger en una reciente rueda de prensa. Fue muy aplaudido.

CH2



LA VERDAD SOBRE EL SAHARA

Ya podemos pregonarlo a los cuatro vientos y no nos vamos a callar: el Sahara es un desierto. Y lo decimos con orgullo, porque no nos duelen prendas confesarlo; un desierto diferente al que no importa acudir a predicar porque la verdad y la razón se abrirían paso y demostrarían estar de nuestra parte. De nada servirán las presiones para silenciarnos. El Sahara es un desierto, sí, pero no uno cualquiera: es la más grande extensión de arena del mundo conocido.

Sabemos que muchos se sentirán decepcionados, porque gente sin escrúpulos han tratado durante siglos de hacernos creer que aquello era un vergel, un edén lleno de árboles frutales y estaciones de servicio y engrase gratuitas. Lo sentimos, lamentamos nuestra rudeza, mas ya tenemos ganas de pregonarlo a los cuatro vientos; empero, no es para quedarse anonadado: un desierto como el del Sahara puede ser rocoso, pe-

dregoso o arenoso, y en la variación está el gusto. Si se mira con buenos ojos, el desierto hasta resulta un auténtico paraíso: en él no hay intermediarios, ni especuladores, ni incendios forestales; tampoco es preciso que cuando se vaya a pasear por el desierto se lleve el paraguas, con lo engorroso que es, siempre se lo deja uno olvidado en el bar o en el cine. Se pueden andar cientos de kilómetros sin que se tepe uno con el consabido hortera del transistor, si bien en el desierto, a decir verdad, hay cientos, miles de anacoretas. Pero los anacoretas sólo meditan, rezan y ven televisión para mortificarse, salvar su alma y la de sus enemigos. Por eso es bueno ir al desierto, tirar piedras a los anacoretas, enemistarse con ellos y ganar así el cielo, que nunca está de más. No obstante, que quede bien claro: el Sahara es sólo eso: un desierto.

EL PIPE



RÓSTOLO